

REFLEXIONES SOBRE LA PRÁCTICA DE UNA INVESTIGACIÓN DESCOLONIZADA¹

Charles R. Hale

Departamento de Antropología
UNIVERSIDAD DE TEXAS, AUSTIN

Dedicado a la memoria de la vida inspiradora del maestro Orlando Fals Borda

En enero de 1971 un grupo de once intelectuales —la mayoría latinoamericanos, todos no indígenas— se reunieron en la isla caribeña de Barbados para considerar la relación entre las ciencias sociales y un tema que apenas emergía en el escenario político nacional: “la liberación indígena”. La declaración resultante de esa reunión, que posteriormente adquiriría cierta fama, incluyó el siguiente párrafo sobre “la responsabilidad de la antropología”:

La antropología que se requiere ahora en América Latina no es la que toma al indígena como objeto de estudio, sino la que percibe la situación colonial y se compromete con la lucha por la liberación. En este contexto, el papel de la antropología es el de proveer a los pueblos colonizados con los datos e interpretaciones sobre ellos mismos y sus colonizadores, que serán de utilidad para sus luchas propias por la libertad... (Symposium on Inter-Ethnic Conflict in South America, 1971).

Esta afirmación, sencilla pero fuerte, trae todavía 30 años después a colación una serie de preguntas claves tanto para nosotros los investigadores comprometidos con la “liberación indígena”, como para los protagonistas de las luchas indígenas con los cuales estaríamos en colaboración: ¿Por qué ha sido tan difícil realizar ese objetivo básico de descolonizar la antropología? ¿Será que el lenguaje llano de “liberación” es indicio de un problema en la manera como aquéllos plantearon el objetivo? ¿Cómo reasumir el reto, registrando los avances de los últimos 30 años y a la vez reajustando la brújula que dirige nuestros esfuerzos colectivos?

La experiencia de la segunda reunión de Barbados, celebrada en 1977, nos da algunas pistas para empezar a contestar esas preguntas. Después del éxito de la primera reunión, el siguiente paso lógico fue sentar la base para un diálogo entre los antropólogos solidarios y una selección de intelectuales indígenas que protagonizaban sus luchas. Según el relato de un antropólogo participante, la discusión sobre la relación entre antropología (o ciencias sociales en general) y movimientos indígenas resultó

sumamente polémica y al final fue imposible llegar a acuerdos claros al respecto.² Por ello, la Declaración asociada con esta segunda reunión evita el tema por completo, para enfocarse exclusivamente en la necesidad de una “organización política propia”, que luche en contra de la “dominación física y cultural”. El inciso que más se acerca al tema de investigación sigue esta misma línea de desarrollo autónomo, enfatizando la necesidad de “...conservar y reforzar las formas de comunicación interna” y de “...mantener los esquemas culturales básicos especialmente relacionados con la educación del propio grupo” (Declaración de Barbados II, 1997). Pareciera que los protagonistas indígenas de esa reunión no hallaron papel alguno para los antropólogos solidarios que, seis años atrás, se habían proclamado a favor de la “liberación indígena”.

Esa segunda reunión ofrece un punto de partida para el presente ensayo. Podemos dar por hecho a estas alturas que la gran mayoría de los antropólogos no indígenas que estudian cultura y política indígena en América Latina simpatizan, en términos generales, con la causa de los derechos indígenas y, aún más, con el proyecto analítico de criticar a los actores e instituciones dominantes. Sin embargo, cuando comenzamos a especificar las prácticas concretas que establecen la relación entre una iniciativa de investigación y determinado proceso de lucha indígena, esto se hace mucho más difícil. La hipótesis que quisiera aquí explorar es que esta relación es contradictoria, o al menos está dotada de tensiones inevitables, que no han recibido su debido reconocimiento. Lo anterior no quiere decir que la relación sea infructuosa; sino al contrario, la práctica de la investigación descolonizada tiene mucho que aportar en cuanto a los resultados analíticos y, además, brinda un conocimiento que los movimientos mismos podrían aprovechar. Pero los beneficios rendirán más si reconocemos que vienen *a través de* tensiones inherentes entre la investigación y el protagonismo político, y no con la ilusión de que es posible suprimir o superar tales tensiones. Es más, la misma hipótesis sugiere una explicación mayor por las dificultades que se presentan para construir una práctica de antropología comprometida con la “liberación indígena”: se ha buscado una relación demasiado pura, de coincidencia nítida. Luego cuando surgen las contradicciones, las mismas han provocado decepción, cinismo y hasta abandono del esfuerzo. En cambio, el argumento aquí es, ante todo, un llamado a la modestia respecto al aporte que la investigación descolonizada puede ofrecer; un reconocimiento de que la investigación y el protagonismo político ocupan esferas distintas con tensiones inevitables entre sí; de tal modo, se espera recuperar algo del idealismo y energía colectiva de aquellos antropólogos de 1971, con una base un tanto más firme, real y autorreflexiva.

El presente ensayo elabora este argumento a través de la consideración de tres temas centrales. Primero, pregunto ¿qué es la investigación descolonizada? tal como la entiendo yo, y ¿cómo se ha intentado practicarla en algunas experiencias que conozco?

Segundo, ubico la investigación descolonizada en relación a la práctica y teoría antropológicas. Tercero, hago un esfuerzo para explicar ¿por qué esta práctica antropológica ha sido tan difícil de realizar, aun entre intelectuales progresistas que son solidarios con los movimientos que estudian? Comienzo este tercer apartado con una observación del cambio más importante en el escenario, desde la aparición de la primera declaración de Barbados en 1971: la presencia impresionante y creciente de intelectuales indígenas, con formación profesional, preparados para llevar adelante los proyectos de investigación descolonizada y muchas veces como protagonistas de ella a la vez. Argumento que esta presencia representa una nueva etapa en la historia de la investigación descolonizada, que ya ha transformado su práctica en formas sustantivas. A la vez, planteo que muchas de las tensiones insertadas en esta práctica permanecen y algunas nuevas surgen, dejando así una amplia agenda colectiva para todos y todas.

¿QUÉ ENTENDEMOS POR UNA INVESTIGACIÓN DESCOLONIZADA?³

En principio es bastante sencillo. Se trata, primero, de afirmar que el investigador(a) es un actor social ubicado: tiene género, cultura y perspectiva política propios, ocupa una posición determinada en las jerarquías raciales nacionales y transnacionales y su formación educativa como investigador le sitúa en un estrato social muy particular. Al menos en las universidades de los EEUU, la tendencia fuerte es definir ese estrato como una elite, no en términos económicos o estrictamente de clase, sino en términos de lo que producimos, es decir, conocimiento especializado y “experto”, poco accesible a los que no han pasado por una formación semejante. En el modelo convencional, nuestro trabajo como catedráticos tiende a reforzar ese mismo mensaje: ofrecemos elementos básicos de nuestros conocimientos a los principiantes, quienes lo reciben cada vez más, si siguen el camino de la profesionalización. Para criticar este modelo convencional, no hay que caer en el romanticismo: aprender a ser investigador requiere una enorme dedicación de tiempo, trabajo y disciplina. Salvo en casos muy excepcionales, no se logra esa formación si se tiene compromisos de tiempo completo como campesino, obrero, o protagonista de un movimiento político. En este sentido es estrato aparte. Lo que sí, en mi opinión, merece crítica es la orientación elitista del conocimiento que se produce. Si somos actores sociales ubicados, hay todo un abanico de respuestas que podríamos dar a las preguntas básicas: ¿Conocimiento para qué? ¿Conocimiento para quién? Según las respuestas que demos, nos ubicaremos como investigadores.

Una vez abierto ese rango de posibilidades, lógicamente sigue el segundo paso. Un practicante de investigación descolonizada opta por una alianza básica con un grupo de sujetos organizados en lucha y se compromete a producir conocimiento en diálogo

con ellas y ellos. En algunos casos esta adhesión será sumamente concreta y sin mayores ambigüedades, por ejemplo, una investigadora desarrolla un proyecto en diálogo estrecho con una organización indígena, cuyo liderazgo ayuda a formular los objetivos del estudio y participa activamente en ello. En otros casos, el diálogo sería mucho más general. Por ejemplo, yo acabo de terminar un estudio sobre ladinos, el grupo dominante en Guatemala: su identidad, sus actitudes hacia los indígenas, sus reacciones -muchas veces racistas- hacia el movimiento maya. El estudio fue concebido con base en el diálogo con intelectuales y protagonistas del movimiento maya, quienes sugirieron la idea y afirmaron que el conocimiento obtenido podría ser de mucha utilidad para ellos. Pero el estudio en sí se desarrolló, por razones metodológicas obvias, a cierta distancia de este grupo organizado, con el cual estoy fuertemente comprometido. De cualquiera forma, hablar de alianza y diálogo presume que el investigador mantiene su espacio propio; si no fuera así, diluiría lo valioso de los datos que tiene para aportar.

Muchos ponen objeciones a este segundo paso de "alianza", observando que los grupos organizados en lucha —sea una comunidad, una organización, un movimiento o un pueblo— nunca tienen la transparencia que tal frase comunica. Siempre hay facciones, disputas internas por el poder, jerarquías duraderas (como las de género) y coyunturales. Sería presuntuoso, según esta objeción, que un investigador desde afuera tomara partido, afirmando su compromiso con una parte y su distancia con los demás. Es cierto que "un grupo organizado en lucha" nunca se da sin estas complicaciones internas, al pensar lo contrario el investigador caería o en un romanticismo ingenuo o en un sectarismo igualmente dañino. Por otro lado, si seguimos esa objeción hasta sus últimas consecuencias lógicas, llegamos a una conclusión casi absurda: dado que la política es siempre complicada y contradictoria, es mejor que los investigadores se mantengan al margen de ella, profesando neutralidad para asegurar la cobertura completa del problema. Lo anterior se aplicaría, por cierto, no sólo a movimientos indígenas, sino a todo nivel. La política neoliberal del gobierno de Sánchez de Lozada en Bolivia también era complicada y contradictoria, lo mismo se puede decir de la política guerrillera de la administración Bush frente al Medio Oriente. Al fin y al cabo, este segundo paso —de compromiso con un grupo organizado en lucha— requiere el ejercicio de análisis y el buen juicio político frente a los conflictos internos; a veces esto nos lleva a la búsqueda de mecanismos de reconciliación; en otras ocasiones, no nos queda más que reconocer las divisiones y posicionarnos de manera correspondiente, siempre con el ánimo de mantener vigentes los principios mayores que motivan la alianza. No hay ninguna garantía de que ese ejercicio de juicio sea acertado; al contrario, los juicios erróneos son casi inevitables y forman parte del proceso. Lo único que se pide es que el/la investigador/a —como actor social ubicado— tome su lugar y oriente sus investigaciones con relación a la postura tomada.

El mismo esfuerzo de dar este paso, implica una apreciación de lo complejo del campo político en que uno entra; es una reflexión seria sobre las implicaciones de las diferentes posturas tomadas, lo cual ayudará necesariamente a profundizar el análisis y la comprensión de su sujeto de estudio.

El tercer paso es consecuencia directa de esta alianza: es un esfuerzo por llevar a cabo la investigación en sí (desde la formulación del tema a investigar, hasta la recolección de datos y la disseminación de los resultados), en diálogo y colaboración con los “aliados”. En este paso se ve claramente la transformación metodológica que la investigación descolonizada produce. Pero vayamos por fases. En la práctica convencional, la formulación del tema a investigar es dominio celosamente guardado por el investigador y por la comunidad científica a la cual él o ella pertenecen. La investigación descolonizada, en cambio, requiere de diálogo previo, para que los protagonistas reconozcan algún valor y propósito en el sujeto de estudio. No se espera, como resultado de dicho diálogo, una coincidencia perfecta: habrá necesidades de conocimiento que tienen los protagonistas y que el investigador difícilmente podrá satisfacer, y habrá los intereses propios del investigador —por su formación y ubicación social— que los protagonistas no reconocen como suyos. En vez de coincidencia perfecta, la expectativa es lograr un área sustantiva de traslape, es decir, un tema que los protagonistas han contribuido a formular y, por ende, que avalan como importante y útil, a la vez que respetan cierta autonomía del proceso de investigación.

Las otras fases del proceso de investigación igualmente son transformadas durante la implementación de la investigación descolonizada. Se esperaría, por ejemplo, una participación variada y entusiasta de los protagonistas en la fase de recolección de datos, por el hecho de que ya han reconocido el valor y uso del conocimiento que se espera obtener. Idealmente, esta participación se conduciría también hacia ciertas experiencias de capacitación entre los protagonistas, para que la investigación en sí deje de ser un ámbito misterioso exclusivo de los “expertos” y asuma características más horizontales, colectivas y democráticas. Lo mismo vale, o más, para la fase de sistematización de los resultados: no solo es la obligación ética de compartir los hallazgos principales con los protagonistas, sino, en términos metodológicos, es un requisito indispensable para comprobar la validez de lo encontrado, para discutir las interpretaciones con los interesados.

Por último, la investigación descolonizada abre una serie de posibilidades creativas para la disseminación de los resultados, asegurando que el conocimiento producido tenga el impacto máximo entre los “aliados”. Pero la garantía real de este impacto *no* se logra con las estrategias de disseminación en sí, sino que se logra como la culminación de una implementación de principios de la investigación descolonizada en todas sus fases.

Escaso valor tendría la diseminación amplia y creativa de un estudio, concebido en términos convencionales, si los protagonistas tienen poco interés o le asignan poco valor.

LA INVESTIGACIÓN DESCOLONIZADA Y LA ANTROPOLOGÍA

En las últimas tres décadas, desde la primera Declaración de Barbados, las bases para reafirmar la investigación descolonizada dentro de la antropología se han fortalecido bastante. Cuando se emitió la Declaración, en los países dominantes e incluso en América Latina, esta disciplina se caracterizaba por tomar a los indígenas como meros objetos de estudio, como si fueran laboratorio hecho especialmente para fines de la ciencia. Se le veía como apegada a un método de estudio férreamente objetivista, que no dejaban espacio alguno para tomar en cuenta la posición social del investigador ni su compromiso, el cual se veía como una traba en la búsqueda de la verdad científica. Dicha disciplina era definida por una comunidad más o menos cerrada (de raza y género determinados) que creía que la ilustración científica se logra mejor con el aislamiento del científico en estrato aparte, limitando el contacto con la sociedad estudiada a lo necesario para recolectar los datos requeridos. Todo eso ha cambiado mucho, si no en todas las disciplinas de las ciencias sociales, sí al menos en la antropología. Con estos cambios, hay por lo menos cuatro factores importantes que deberían dar como resultado una aceptación generalizada de la investigación descolonizada dentro de la disciplina. Podemos revisar rápidamente los cuatro factores para entonces pasar, en la siguiente sección, a una explicación especulativa al porqué los resultados han sido menos expansivos que lo esperado.

Primero, justo en el período de la Declaración de Barbados, hubo una profunda transformación en la cultura política de la disciplina dirigida a una alianza mucho más directa y explícita con los “subalternos”. Bastantes factores contribuyeron a esta transformación pero no los examinaremos aquí. Específicamente en el caso de la antropología con y sobre los pueblos indígenas, hay una dimensión que requiere ser enfatizada y que yo puedo evocar mediante una nota autobiográfica. En mi primera experiencia con la antropología, en el altiplano boliviano en 1977, bajo el tutelaje exigente y a veces severo de don Max Paredes Conde, recibí un mensaje fuerte y claro de los protagonistas indígenas con los cuales me propuse trabajar: “si tu antropología no ofrece algo concreto en beneficio de nuestra lucha, vete de aquí”. El mensaje, aunque variado en sus detalles, ha sido básicamente igual en cada pueblo indígena que he conocido, desde los miskitu de Nicaragua y Honduras, hasta los mayas de Guatemala, los mapuche de Chile y Argentina y, más recientemente, los zapatistas de Chiapas. Es un mensaje tan contundente y consistente que me asombra ver la frecuencia con la cual muchos colegas antropólogos aún tratan de evitarlo.

No sólo ha cambiado la cultura política de la disciplina frente al subalterno, sino también la tendencia teórica actual de la antropología que es avalar la idea de que el investigador es actor social ubicado, con sensibilidades políticas propias que no deben (ni en última instancia pueden) ser suprimidas. Si bien esta tendencia normalmente se asocia con el giro posmoderno, no es necesario adoptar ni un relativismo extremo ni la postura de “deconstrucción” radical para aceptar la parte operativa. El punto principal es, simplemente, que los significados se producen a través del diálogo intersubjetivo entre investigador e investigado, y que se fortalece la objetividad del trabajo si uno como investigador sabe donde está ubicado. Así relativizado el problema, es lógico que se abra toda una gama de tomas de posición, entre ellas la alianza con un “grupo organizado en lucha”. Algunos como Donna Haraway (1988) y otros asociados con el “*feminist standpoint theory*,”⁴ han argumentado que ciertas tomas de posición de hecho aumentan y enriquecen la visión social del investigador. Lo anterior de seguro es cierto, al menos para una categoría amplia de temas. Pero el punto principal es más básico aún: este giro teórico debería facilitar la alianza política del investigador *como opción*, sin perjuicio alguno de la calidad y rigor de la investigación que resulta.

El tercer factor de cambio dentro de la antropología, que ha favorecido a la investigación descolonizada, ha sido la presión surgida de diferentes fuentes que exigen mayor “rendimiento práctico” de las ciencias sociales. Desde luego, este factor es un arma de doble filo. Una fuente importante de tal exigencia es la misma ideología neoliberal que aplica la lógica del mercado a cada actividad humana. En lo que atañe a las universidades públicas de los EEUU, las ciencias sociales están afrontando una suerte de crisis, sobre todo en comparación con, por ejemplo, la ingeniería, la física y las ciencias de la computación por la obvia rentabilidad mercantil de estas últimas. Cuando esa lógica de rentabilidad comparada se aplica, por ejemplo, a la literatura o la filosofía, los resultados son obviamente fatales. Por otro lado, si tomamos la exigencia del rendimiento práctico y la traducimos en términos de beneficio colectivo social, las mismas presiones regresivas adquieren otra tónica: una insistencia de que la investigación social demuestre utilidad alguna en relación a un grupo determinado. Dentro de esta lógica, la investigación descolonizada ofrece a la antropología (y a disciplinas afines) una solución o salida “progresista” de las presiones neoliberales. Es por esta razón que los administradores de las grandes universidades públicas de los EEUU, cada vez más inclinados a la ideología neoliberal, han demostrado una apertura sorprendente a la investigación descolonizada. Esta promete alguna forma de rendimiento a cambio de la “inversión” en la investigación, aún si no tiene nada que ver con el tipo de rendimiento insertado en los proyectos económicos neoliberales.

Por último, quisiera proponer un factor a favor de la investigación descolonizada que es mucho más especulativo, si no extravagante. Viene en forma de una hipótesis que estoy explorando actualmente, carente aún de base empírica firme. El argumento es que propiciamos la investigación descolonizada no sólo por razones éticas, aunque estas siempre tienen que estar presentes. La investigación descolonizada se justifica por tener el potencial de rendir una mayor comprensión analítica y hasta novedosos acercamientos teóricos en relación al tema determinado. La lógica detrás de la aseveración de que rinde mayor comprensión analítica es bastante clara y ya ha sido mencionada: con un bien elaborado acuerdo, con base en el diálogo, el investigador trabaja mano a mano con los protagonistas y, así, adquiere una visión mucho más integral y compleja de los procesos político-culturales en juego. La aseveración relacionada con la innovación teórica requiere más explicación. La idea es que los marcos teóricos de una época se vuelven sentido común y no sólo para la sociedad en general, llegando a fijar límites sobre lo pensable como explica Thomas Kuhn en su famoso texto *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. Sin embargo, respecto a la teoría en el campo de la cultura política, a diferencia del relato de Kuhn (1970), la innovación teórica viene de la práctica política. Es decir, los actores políticos encuentran una creciente disonancia entre sus deseos y necesidades por un lado, y los parámetros teóricos existentes por el otro. Para aliviar tal disonancia, dichos actores formulan nuevas maneras de hacer la política y así generan formas nuevas de conceptualizar su realidad. Más tarde, a veces *mucho* más tarde, los intelectuales y académicos registran estos conceptos nuevos en sus propios estudios, y se ponen a elaborarlos en forma de "teoría". Si la anterior secuencia tiene validez, una conclusión derivada es que el punto de encuentro entre la acción política y el análisis de la misma es un punto sumamente fértil para la innovación teórica. Este es justamente el espacio privilegiado para el ejercicio de la investigación descolonizada.

Como respaldo circunstancial al argumento anterior, uno sólo tendría que pensar en algunas de las innovaciones teóricas más importantes en el campo de la cultura política del siglo XX, desde Gramsci, Fanon y Mariátegui, hasta los *dependentistas* y las feministas de color, llegando directamente a toda la gama de innovación teórica en relación a la cultura política indígena; y se encontrará a personas y colectividades ubicadas de tal manera que permite una estrecha relación entre el actuar político (que prueba los límites establecidos del sentido común), y la elaboración analítica sobre él. Me atrevo a sugerir que este concepto de autonomía como rechazo radical,⁵ que se desarrolla con un paralelo notable en algunos sitios del altiplano boliviano, en algunas comunidades mapuches de Chile y en las Cañadas zapatistas del sur de México, bien podría ser otro ejemplo de esta innovación teórica, aún demasiado fresco y emergente para que los intelectuales tengan el lenguaje adecuado para darle nombre.

¿POR QUÉ LA INVESTIGACIÓN DESCOLONIZADA HA SIDO TAN DIFÍCIL DE REALIZAR?

A pesar de los cuatro factores arriba elaborados, que deberían crear las condiciones para una buena acogida de la investigación descolonizada dentro de la antropología, esto no ha sido así. Las razones son varias. En primer lugar, las ciencias sociales siguen gozando de cierto estatus privilegiado —si bien más en algunos ámbitos que en otros— y aliarse de manera tan comprometedora con un “grupo organizado en lucha” claramente de estatus subalterno, puede poner dicho estatus en riesgo. Este mismo privilegio también genera un sector fuerte que sigue en oposición a cualquier cambio que abriría un espacio legítimo, dentro de la academia, para esta línea de trabajo. De igual importancia, al menos en el caso de la antropología norteamericana, creo que el surgimiento de la moda teórica de la “crítica cultural” ha impedido directamente el desarrollo de esta convergencia. La “crítica cultural” que se dedica mayormente a la “destrucción” de conceptos, discursos y prácticas dentro del flujo social, permite una identificación con “el subalterno”, sin ninguna necesidad de la alianza directa que requiere la investigación descolonizada.⁶ Para la crítica cultural, basta con “destruir” los discursos dominantes y exponer las redes del poder presentes en toda interacción social, prescindiendo del paso clave de diálogo con los sujetos, para concertar objetivos de investigación y análisis. Esta objeción no se hace con el ánimo de descalificar el conocimiento y avance teórico que se ha logrado con este modo de trabajo. Al contrario, la investigación descolonizada puede y debe aprovechar esos aportes.⁷ Sin embargo, podemos a la vez aseverar que la crítica cultural a secas ha generado todo un gremio de antropólogos siguiendo agendas propias, no preocupados por el trabajo adicional de establecer una relación colaborativa con un grupo organizado en lucha, mientras que profesan solidaridad absoluta con ellos. El tercer factor explicativo se deduce directamente de este último.

Ante la lente de la crítica cultural, la investigación descolonizada es presentada como demasiado ingenua, carente de entendimiento básico de las complejidades de la política que el análisis informado por la crítica cultural produce. El problema identificado por los exponentes de esta posición frecuentemente ha sido acertado. En mi experiencia, es demasiado común que la investigación descolonizada se presente y justifique sin notar a cabalidad las tensiones que esta metodología conlleva. El propósito de esta reflexión crítica no es exponer la ropa sucia, ni tampoco enfatizar lo negativo, sino todo lo contrario: como planteé al principio de este ensayo, creo que un factor importante en el debilitamiento de la investigación descolonizada en el pasado, ha sido la aseveración, implícita o explícita, de que representa un espacio “puro” de

coincidencia nítida entre investigador y protagonista político. Todos tenemos la tendencia de caer en esta trampa, sobre todo cuando intentamos abrir brecha para una práctica diferente de las ciencias sociales. La fuerte inclinación de enfatizar lo positivo, fácilmente tiende a reproducir un par de premisas que contribuyen al problema: primero, que “el pueblo sabe” y, segundo, una vez que la investigación abandona sus pretensiones elitistas y se alía con el pueblo, producirá la transformación esperada. En contraste, al describir la investigación descolonizada, mi esfuerzo aquí es de enfatizar las tensiones, y así sentar una base menos ilusoria para proceder y, también, aprovechar de las dificultades que en sí pueden ser muy aleccionadoras.

A continuación, pues, va una lista de las tensiones que probablemente surjan con la implementación de lleno de una metodología de investigación descolonizada, así como algunas reflexiones breves al respecto.

1. PRESIONES ESPECIALES PARA INVESTIGADORES INDÍGENAS

Un tema que la investigación descolonizada coloca centralmente en la agenda, cuando se trata de temas indígenas, es la importancia y la prioridad de que investigadores indígenas asuman un papel clave en los equipos de trabajo. Las ventajas que resultan, dados los objetivos particulares de la investigación descolonizada, son tan obvias que apenas necesitan mención: una articulación más directa con el “grupo organizado en lucha”, facilidades especiales para tender puentes entre la investigación y el proceso político, superación del patrón colonial según el cual los indígenas siempre son sujetos de estudio de los no indígenas. A estas alturas, en América Latina, cualquier iniciativa de investigación descolonizada con pueblos indígenas que *no incluya* una presencia fuerte de investigadores indígenas sería objeto de suspicacia bien merecida. Sin embargo es preciso notar, a la vez, que la participación de investigadores indígenas no elimina todas las dificultades en la negociación de la relación entre la investigación y el proceso político y, además, introduce algunas dificultades nuevas. Por ejemplo, el investigador indígena aún tiene que mantener cierta distancia de las exigencias cotidianas del quehacer político, para poder ejecutar las tareas básicas de recolección de datos, la sistematización de los mismos, etcétera. Esta distancia es mucho más difícil de mantener para un investigador indígena, que muchas veces también es reconocido como líder. Incluso, al insistir en esa distancia relativa, el investigador indígena puede incitar crítica o suspicacia que el investigador no indígena evitaría.

2. TENSIONES ENTRE INVESTIGADORES INDÍGENAS Y NO INDÍGENAS

Cuando los equipos de investigación descolonizada incluyen indígenas y no indígenas, es muy probable que se den ciertas tensiones entre sí. Por un lado, sus diferentes

ubicaciones sociales tenderán a producir experiencias muy distintas de la investigación misma. Dado que el investigador indígena tendrá las presiones múltiples mencionadas en el apartado anterior, a veces le tomará más tiempo cumplir con las tareas propias de la investigación. También habrá resultados diferentes que surjan de las diferentes ubicaciones y perspectivas del proceso de investigación. Manejadas bien, estas diferencias pueden ser factores importantes para el enriquecimiento del estudio; dos visiones complementarias que producen un panorama analítico más complejo y completo. Pero sería raro que ese resultado se logre sin que haya ciertas tensiones porque, se quiera o no, el problema de los “privilegios” está de por medio. Es decir, el investigador no indígena (sea mestizo, o sobre todo extranjero), trabajará con cierta dotación de privilegios (de raza, de posición social) en relación al investigador indígena. El gran reto de la investigación descolonizada no es borrar toda esta diferencia sino traerla a colación, sujetándola a la reflexión sistemática.

3. CONTRADICCIONES INTERNAS ORGANIZATIVAS QUE DIFICULTAN LA ALIANZA

Como se anotó anteriormente, es casi inevitable que el proceso político con el cual la investigación descolonizada se alíe tenga sus contradicciones internas propias, que dificultan esta relación. Dichas contradicciones pueden ser de índole variada, desde jerarquías y facciones hasta luchas internas por el poder. Dichos problemas son potencialmente tan variados que sería difícil generalizar al respecto. El punto clave, en todo caso, es que el investigador tiene que negociar una relación con el “grupo organizado en lucha” no obviando estas contradicciones, sino tomándolas en cuenta. Ese mismo esfuerzo requiere, primero, la mayor información y análisis posibles sobre el proceso político en cuestión, y segundo, un ejercicio de juicio político, en cuanto al trato más sabio y constructivo de las contradicciones existentes. En fin: el esfuerzo de manejar esta relación con el proceso político en toda su complejidad, llega a ser un componente importante de la investigación en sí. Lejos de asumir que no existen esas contradicciones, la investigación descolonizada postula la *comprensión* y el *manejo* de las mismas como la primera tarea de investigación.

4. DISTANCIA INEVITABLE ENTRE LOS INVESTIGADORES Y LOS PROTAGONISTAS

No quisiera sobredimensionar este factor. El propósito principal de la investigación descolonizada es, por supuesto, reducir esa distancia y establecer puentes entre los dos. Sin embargo, es importante a la vez enfatizar que no es realista esperar que la investigación descolonizada elimine la distancia y las tensiones correspondientes. Por un lado, las lógicas del conocimiento son bastante diferentes: para el proceso político, la clave muchas veces es lo operativo, lo necesario para informar decisiones inme-

diatas. Para la investigación, en cambio, el impulso es ser exhaustivo y sistemático, cubriendo no sólo lo inmediato sino el tema en todas sus facetas y dimensiones. Habrá momentos en que los protagonistas vean esto último como un lujo innecesario, mientras los investigadores se quejarán de que los protagonistas están expresando un prejuicio anti-intelectual. Por otro lado, casi siempre habrá dimensiones de lo investigado que los protagonistas políticos vean no sólo como irrelevantes, sino también como potencialmente dañinos. Esta situación da lugar a una negociación muy sensible, entre el principio de libertad plena del investigador y su responsabilidad política y ética con el “grupo organizado en lucha”.

El punto principal aquí es que cuando surjan tensiones no se las deberá tomar como señal de fracaso o motivo de decepción, sino como evidencia de que el proyecto está funcionando como era de esperar. En el mismo sentido, nuestra postura es que la investigación descolonizada muchas veces va a exigir sacrificio; al negociar estas tensiones, será necesario hacer concesiones a las exigencias de los protagonistas que representarán limitaciones en la libertad de expresión del investigador. En este caso, el argumento es que lo que gana el investigador es mucho más, no sólo en términos éticos sino también en cuanto a los objetivos pragmáticos de la investigación, esto es, más acceso al tema, una comprensión mayor y una visión “desde adentro” que un investigador convencional (con poderes plenos de libertad de investigación) difícilmente lograría.

5. PROBLEMAS CON LA EFICACIA O IMPACTO DEL CONOCIMIENTO PRODUCIDO

Por último, es preciso notar que sería apenas confiable intentar justificar o racionalizar la investigación descolonizada en relación a la contribución política de los resultados. El propósito es, por supuesto, que la investigación produzca conocimiento que sea de utilidad para los protagonistas que, a su vez, participaron en la formulación de los objetivos del estudio. Sin embargo, hay una brecha enorme entre, por un lado, los resultados producidos en forma de conocimiento, datos, análisis, interpretaciones y, por otro, el impacto político. Y hay un sinnúmero de factores contingentes de por medio. A nuestra manera de ver, la investigación descolonizada se justifica mucho más en el logro de una transformación integral de la *metodología* de investigación, de tal modo que se vincula más desde el inicio con los intereses y necesidades de los protagonistas aliados. Si estos últimos, al final del proceso, reconocen que el conocimiento producido efectivamente tiene valor y un posible uso en el contexto de sus prioridades políticas; esta justificación es más que suficiente. Probar que efectivamente tuvo determinado impacto sería un lastre adicional que no debe ser necesario asumir.

CONCLUSIONES

Habría que enfatizar, en primer lugar, que el presente ensayo es un documento de discusión, un planteamiento no acabado, que requiere mucho trabajo colectivo para refinarse. Es más, al refinar estas reflexiones, el objetivo no es formular un modelo, un manual o una guía que alguien lea e implemente. Ante todo, la descolonización requiere una transformación de valores y prácticas, respuestas diferentes a dos preguntas de entrada: 1) ¿Conocimiento para qué y para quién? y, 2) ¿Qué tipo de relaciones sociales llevamos a cabo cuando producimos tal conocimiento? La segunda pregunta, que tiene un compromiso fundamental con las intervenciones feministas en esa discusión metodológica, es absolutamente clave por muchas razones, entre ellas porque redirige la lente hacia el investigador y la investigadora, al equipo, a sus prácticas y a sus relaciones cotidianas. Me atrevo a sugerir que la ausencia de este tipo de reflexión entre los antropólogos de Barbados pudo haber sido un factor limitante en el logro de sus propios objetivos. Al dirigir toda su energía y pasión a la “liberación indígena” no pudieron considerar la posibilidad de que las prácticas y relaciones sociales de su trabajo no dejaron de ser un tanto “colonizadoras”. Quizá la ausencia de esta segunda pregunta en el debate nos ofrece otra manera de interpretar el “fracaso” de la segunda reunión de Barbados en 1977. Cuando los líderes indígenas dijeron “gracias, pero nosotros vamos a liberarnos a nosotros mismos, con o sin los antropólogos”, éstos últimos debieron haberlo interpretado no como un rechazo rotundo sino como un llamado a la reflexión sobre el “cómo”, sobre la calidad de la relación humana que la investigación genera. ¿Cómo evitar el vanguardismo tan comúnmente asociado con ese discurso político? ¿Cómo atender las relaciones de género insertadas en el proceso de investigación? ¿Cómo tomar en cuenta la posibilidad de que los y las investigados siguen sintiéndose tratados como objetos, a pesar de que supuestamente estén contribuyendo a su propia “liberación”?

En fin, el mismo término “investigación descolonizada” hace hincapié en el hecho de que es un proceso no acabado y que el proceso mismo vale igual que el producto final. La investigación descolonizada puede ser profundamente transformadora, tanto para los y las investigadoras, como para los sujetos. Sobre todo por las condiciones tan adversas en las cuales las luchas indígenas se desenvuelven hoy en día. Si tuviéramos que medir la eficacia de la investigación descolonizada en términos de su contribución a la “liberación indígena”, la evaluación final sería más bien desalentadora. Al contrario, sin obviar la importancia del impacto político entendido así, el planteamiento de este ensayo ofrece otro criterio de igual peso: ¿En qué medida hubo transformación de los participantes, de sus relaciones entre sí y su manera de pensar el entorno político investigado? Dicho de otra manera, con lenguaje un tanto caduco, la investigación

descolonizada es un proceso de formación de cuadros entre los investigadores y los sujetos, para una lucha que seguramente será de muy larga duración. Si un esfuerzo de investigación genera conocimiento supuestamente liberador, pero a través de relaciones sociales de investigación aún colonizadas, no estamos en el camino acertado.

Por último, quisiera volver al tema de las contradicciones. Estas son de índole variada, algunas bastante superables y otras siempre estarán presentes en mayor o menor grado. No sería exagerado aseverar que el daño más grande al planteamiento de la investigación descolonizada ha venido de aquellos que presentan sus experiencias y ofrecen consejos a otros, con la intención de proyectar una imagen de un espacio puro, donde el investigador y los protagonistas se unen en un armonioso propósito común. Dicha imagen ha generado, por un lado, críticas merecidas de ingenuidad y, por otro, una gran decepción entre practicantes idealistas que después encuentran que no es así. Nuestro fundamento más firme para seguir en la construcción de este edificio es una imagen muy diferente: de tensiones y contradicciones constantes, que son expresiones del entorno político en el cual quisiéramos incidir. Esta imagen se vuelve alentadora no cuando nos distanciamos de las contradicciones, haciendo eco a la famosa “objetividad académica”, ni cuando las suprimimos para poder seguir hablando de aquel “espacio puro”. La imagen se vuelve más bien alentadora cuando demostramos la capacidad de manejarla y mediatizarla como parte del mismo proceso de investigación, a través de relaciones sociales descolonizadas. Si bien esta imagen alternativa carece de la grandeza de la Declaración de Barbados, es probable que reciba un gesto de afirmación por parte de los protagonistas indígenas que, 30 años después, frente a los antropólogos “progresistas” y bien intencionados, aún mantienen una actitud de ambivalencia y escepticismo.

NOTAS

¹ Una primera versión de este texto fue presentada en el taller final de la *Red de Investigación Indígena* realizado en La Paz, Bolivia, en junio del 2004. Cuatro meses más tarde, en octubre del mismo año, la presenté como material para la discusión en el *Segundo Encuentro Internacional del Proyecto “Gobernar(en) la diversidad: experiencias de construcción de ciudadanía multicultural. Una investigación colaborativa”*, celebrado en la ciudad de Quito, Ecuador. Desde entonces el texto ha caminado muchas veredas y pasado de mano en mano hasta que recibí la invitación para revisarlo y someterlo a dictamen en el ANUARIO 2007 del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

² Comunicación personal con Stefano Varese.

³ Hay una literatura enorme que se ha producido en los últimos 30 años bajo este rubro amplio, y va más allá del alcance de este breve ensayo ofrecer una genealogía completa. Ofrezco en

esta nota, en breve resumen, algunos hitos que han sido importantes en mi entendimiento del tema. La frase misma hace eco de un artículo temprano de Stavenhagen (1971), y toma como punto de partida las contribuciones amplias del maestro Fals Borda [e.g., 1987, 1991]. Dos buenos ejemplos de libros que explican y ejemplifican la metodología son: Greenwood y Levin (1998) y Naples (2003). Hay una rica tradición de reflexión sobre la descolonización de la investigación en la literatura feminista, sobre todo las feministas de color; ver por ejemplo, “The Combahee River Collective Statement” (1983), Benmayor (1991), Lykes y Criquillón (2007), Alexander (2005), Sandoval (2000) y Smith (1999). Dos importantes contribuciones recientes, con enfoque específico en luchas indígenas, son el libro de Rappaport (2005), y el libro coordinado por Leyva, Burguete y Speed (2008). Otra corriente importante del debate viene de la “red mundial de antropología” [ver, por ejemplo, *World Anthropologies* (2003)]. Eric Lassiter (2005) ha escrito mucho sobre el tema, y recientemente fundó una revista “online” con este enfoque: <http://www.marshall.edu/coll-anth/>. Véase también el tomo que yo edité recientemente, que contiene una rica selección de ejemplos de la investigación en esta línea (Hale 2008). Por supuesto, ha habido debates fuertes y divergencias importantes que tendremos que dejar para otra oportunidad. Por último, vale notar que mis ideas sobre el tema se han desenvuelto en medio de varios esfuerzos colectivos de poner en práctica la investigación descolonizada, sobre todo en relación a las luchas indígenas y afro-descendientes por la tierra en América Central. Quisiera señalar, en particular, la influencia formadora de mi compañero en muchos de estos esfuerzos, Edmund T. Gordon [ver, p.e., 1991].

- ⁴ Respecto a este enfoque se pueden consultar: Harding (2005) y Collins (2000), y el tomo editado bastante completo de Harding (2004).
- ⁵ La frase es mía, y la uso para describir una postura política marcadamente diferente que las autonomías, en Nicaragua o Panamá por ejemplo, que se basan en el consentimiento y la reglamentación del Estado. “Autonomía como rechazo radical”, en contraste, se implementa sin pedir permiso, con postura de plena rebeldía contra la autoridad estatal. Para reflexiones sobre esta postura entre los zapatistas, véase Speed, Hernández y Stephen (2006), Speed (2008b), y dos disertaciones recién terminadas de la Universidad de Texas, de Mariana Mora (2008) y Melissa Forbis (2008). Las mismas también ofrecen importantes –y bien diferenciados entre sí– ejemplos de la investigación descolonizada. Para mas reflexión y debate sobre esta postura, véase Leyva, Burguete y Speed (2008).
- ⁶ Los textos clásicos de la crítica cultural son: Marcus y Fischer (1986), Clifford y Marcus (1986) y Clifford (1988).
- ⁷ Speed (2008a) avanza un argumento convincente para la necesidad de una combinación creativa de los dos.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, M. Jacqui, 2005, *Pedagogies of Crossing. Meditations on Feminism, Sexual Politics, Memory and the Sacred*, Duke University Press, Durham.
- Benmayor, R., 1991, "Testimony, Action Research, and Empowerment: Puerto Rican Women and Popular Education" en D. Patai y S. Berger Gluck (eds.), *Women's Words*, Routledge, Nueva York, pp. 159-174.
- Clifford, James, 1988, *The Predicament of Culture: Twentieth-Century Ethnography, Literature, and Art*, Harvard University Press, Cambridge.
- Clifford, James y George E. Marcus, 1986, *Writing Culture: The poetics and politics of ethnography*, University of California Press, Berkeley.
- Collins, Patricia Hill, 2000, *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*, Unwin Hyman, Boston y Londres.
- Combahee River Collective, 1983, "The Combahee River Collective Statement", en B. Smith (ed.) *Home Girls: A Black Feminist Anthology*, Kitchen Table Press, Nueva York, pp. 264-274.
- Declaración de Barbados II, 1997, <http://www.nativeweb.org/papers/statements/state/barbados2.php>.
- Fals Borda, Orlando, 1987, "The Application of Participatory Action-Research in Latin America" en *International Sociology*, núm. 2, cáp. 4, pp. 329-347.
- Fals Borda, Orlando y Mohammad Anisur Rahman, 1991, *Action and Knowledge. Breaking the Monopoly with Participatory Action-Research*, The Apex Press, Nueva York.
- Forbis, Melissa M., 2008, "Never Again a Mexico Without Us": Gender, Indigenous Autonomy, and Multiculturalism in Neoliberal Mexico, Tesis de Doctorado en Antropología, Universidad de Texas en Austin, Austin, Texas.
- Gordon, Edmund T., 1991, "Anthropology and Liberation" en F. Harrison (ed.), *Decolonizing Anthropology: Moving Further toward an Anthropology of Liberation*, American Anthropological Association, Washington D.C., pp. 149-167.
- Greenwood, Davyd J. y Morten Levin, 1998, *Introduction to Action Research. Social Research for Social Change*, Sage, Londres.
- Hale, Charles R. (ed.), 2008, *Engaging Contradictions. Theory, Politics and Methods of Activist Scholarship*, University of California Press, Berkeley.
- Haraway, Donna, 1988, "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective", en *Feminist Studies*, núm. 14, cáp. 3, pp. 575-599.
- Harding, Sandra, 2004, *The Feminist Standpoint Theory Reader. Intellectual and Political Controversies*, Routledge, Nueva York y Londres.
- Harding, Sandra, 2005, "Negotiating with the Positivist Legacy: New Social Justice Movements and a Standpoint Politics of Method", en G. Steinmetz (ed.), *The Politics of Method in the Human Sciences*. Duke University Press, Durham, pp. 346-366.

- Kuhn, Thomas, 1970, *The Structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press, Chicago.
- Lassiter, Luke Eric, 2005, "Collaborative Ethnography and Public Anthropology", en *Current Anthropology*, núm. 46 (1), pp. 83-106.
- Leyva, Xochitl, Araceli Burguete y Shannon Speed (coords.), 2008, *Gobernar (en) la diversidad: Experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de co-labor*, CIESAS y FLACSO, México.
- Lykes, M. Brinton y M. Coquillon, 2007, "Participatory and Action Research and Feminisms: Towards Transformative Praxis", en S. Hesse-Biber (ed.), *Handbook of Feminist Research: Theory and Praxis*, Sage, Thousand Oaks, CA., pp. 297-326.
- Marcus, George y Michael Fischer, 1986, *Anthropology as Cultural Critique: An Experimental Moment in the Human Sciences*, University of Chicago Press, Chicago.
- Mora, Mariana, 2008, *Decolonizing Politics: Zapatista autonomy in an era of neoliberal governance and low intensity conflict*, Tesis de Doctorado en Antropología, Universidad de Texas en Austin, Austin, Texas.
- Naples, Nancy A., 2003, *Feminism and Method: Ethnography, Discourse Analysis, and Activist Research*, Routledge, Nueva York.
- Rappaport, Joanne, 2005, *Intercultural Utopias. Public Intellectuals, Cultural Experimentation, and Ethnic Pluralism in Colombia*, Duke University Press, Durham.
- Sandoval, Chela, 2000, *Methodology of the Oppressed*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Smith, Linda Tuhiwai, 1999, *Decolonizing Methodologies: Research and Indigenous Peoples*, St. Martins Press, Nueva York.
- Speed, Shannon, 2008a, "Forged in Dialogue: Toward a Critically Engaged Activist Research", en C. R. Hale (ed.), *Engaging Contradictions: Theory, Politics and Methods of Activist Scholarship*, University of California Press, Berkeley, pp. 213-236.
- Speed, Shannon, 2008b, *Rights in Rebellion. Indigenous Struggle and Human Rights in Chiapas*, Stanford University Press, Stanford.
- Speed, Shannon, Lynn Stephen y R. Aida Hernandez Castillo (coords.), 2006, *Dissident Women: Gender, Ethnicity and Cultural Politics in Chiapas*, University of Texas Press, Austin, Texas.
- Stavenhagen, Rodolfo, 1971, "Decolonizing Applied Social Sciences", en *Human Organization*, núm. 30 (4), pp. 333-357.
- Symposium on Inter-Ethnic Conflict in South America, 1971, *Declaration of Barbados*, <http://www.nativeweb.org/papers/statements/state/barbados1.php>.
- World Anthropologies Network, 2003, "A conversation about a World Anthropologies Network", en *Social Anthropology*, núm. 11 (2), pp. 265-269.